

Robert Juan-Cantavella

Y el cielo
era una bestia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: «Utopía 1», © Juan Miguel Pozo

Primera edición: octubre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Robert Juan-Cantavella, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9783-8

Depósito Legal: B. 16636-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

Primera parte
Sigurd Mutt

–Una botella de champán... y una Biblia.

–Eso es todo lo que queda de Jonás.

B. WILDER & I. A. L. DIAMOND,
La vida privada de Sherlock Holmes

El cielo era una bestia cuando Sigurd Mutt posó la maleta en la nieve. Una bóveda de oscuro algodón estriada de grietas violáceas, una frontera descendida hasta casi abrazarlo para susurrarle al oído que se estaba moviendo, que el cielo ya no era el mismo porque él abandonaba su letargo. Una masa informe y pesada allí arriba, rugiendo como animal herido, vacilante, vigilando cada uno de sus pasos, amenazando con venírsele encima. Sigurd Mutt se quitó los guantes pellizcando la punta de los dedos, los guardó en el bolsillo del abrigo junto a las últimas voluntades de su colega y alzó la vista para cerciorarse de que era el sitio.

La equívoca sensación de haber llegado insuflaba en su ánimo algo cercano al calor del hogar. Un lugar que todavía le era ajeno y a punto estaba de engullirlo como la ballena a Jonás. Hacía frío. Sigurd Mutt estaba acostumbrado al frío. Nadie a la vista en la calle empinada. Sobre la puerta, en un cartel arruinado por el tiempo y la intemperie, se leía en color blanco sobre fondo verde «Santa Eugenia Bar-Rte». Encima de las letras coincidían tres de los cinco agujeros que convertían el letrero en una especie de tarjeta perforada gigante. Santa Eugenia, leyó en voz alta. Las palabras mancharon sus labios de un sabor agridulce. Sigurd Mutt las descifraba con regocijo, recuperando letra a letra un idioma

del que había huido más de veinte años antes. Le vino a la memoria el paisaje, apenas una impresión de lejana familiaridad que él manipuló hasta convertirla en algo parecido al reconocimiento. Al abandono de unos hábitos que lejos de Hamburgo no iban a serle útiles o acaso él pretendía dejar atrás. (¿Era aquello una nueva huida?) Miró a un lado y al otro. Ni un alma. Tras alguna que otra ventana se encendían las primeras bombillas de la tarde. Vio unos pocos coches aparcados a un lado. No muy lejos de allí, un rumor de gritos infantiles, como de niños jugando a pillapilla, llegó desde las entrañas del pueblo para perderse en dirección a las montañas, donde el blanco se mezclaba con el blanco en un paisaje borroso.

Imposible adivinar cuánto tiempo iba a quedarse en aquella especie de balneario al que ahora lo arrastraba tan triste suceso. La muerte que crea la vida y aviva las más terribles andanzas, que nubla la vista y desmiente el miedo. Que niega el pasado unas veces, y otras lo dota de fuerza sublime. El viaje había vertido en el riego sanguíneo de Sigurd Mutt una energía nueva que lo conectaba directamente con otros tiempos, que lo obligaba a soñar con otros tiempos, que le hacía temer aquellos tiempos y a la vez amarlos, tocados entonces por la gracia del brío y la incertidumbre, y recuperados ahora, en breves foganazos, bajo el velo de la melancolía. Como si llevase mucho tiempo fuera de casa. (¿O acaso estaba volviendo?) La cicatriz de su mejilla se tornó un río sinuoso.

Sigurd Mutt tomó su equipaje del suelo. Tras la cortina de aluminio todo parecía a oscuras. Se disponía a apartarla cuando del interior del local emergió una mujer con un caniche en brazos, un bulto atolondrado que por un instante le pareció un extraño ser con dos cabezas y a punto estuvo de atropellarlo. Surgió de las tinieblas y desapareció calle arriba, sin pararse a pedir disculpas, ni siquiera se volvió. Caminaba con pasos cortos y vertiginosos, iba pegada a la pared de la derecha, que eran casas de dos pisos con portones de madera y fachada de piedra vista. Por

fortuna, Mutt no era supersticioso. Menudo recibimiento, pensó, el propio Cerbero saliendo a mi encuentro, el guardián de los muertos y del inframundo. Antes de llegar a la esquina, la niebla la había borrado. Sigurd Mutt recompuso el gesto y permaneció unos segundos de pie, mirando el rastro en la nieve de aquella criatura extraña.

Lo primero que vio al entrar en el Santa Eugenia fue a Hugo Pereda metiendo la mano en el fregadero y buscando otro vaso para ponerlo boca abajo sobre un rodillo automático que, al tocar su fondo, comenzó a rotar y a lamer el interior del vaso como en un autolavado. Lo hizo con absoluta naturalidad, mientras se volvía hacia la puerta, ahora ocupada por la sombra mediana de un desconocido que acostumbraba su vista a la penumbra del establecimiento.

A Hugo Pereda le pareció que aquel hombre tendría unos cincuenta años. Vestía un elegante abrigo abrochado hasta el cuello. Su mano desnuda agarrada a una maleta. Más que un hombre parecía una figura de cera, allí detenido, el semblante blanquecino. Las arrugas de su rostro, escasas pero profundas, dibujadas con oscuro trazo grueso y cierto afán de simetría, parecían en la frente una prolongación arqueada de las cejas o la onda esférica de dos piedrecitas arrojadas al agua, se adentraban desde los pómulos en la cuenca de los ojos, y esculpían el mentón perfilando sus contornos. El conjunto dibujaba un gesto severo que ocultaba en realidad cierta candidez. Llevaba puesto un sombrero. No eran así los gorros deportivos que Pereda solía ver por Vor. Este tipo no es de por aquí, pensó, mirando sus delicados zapatos con una sonrisa de suficiencia. Había un leve desprecio en esa muda observación, aunque Pereda sabía cómo ocultarlo, si no tras una sonrisa amable (como siempre le pedía su mujer que hiciese ante los turistas que allí llegaban tanto en invierno como en verano, a las pistas de esquí y a practicar deportes de riesgo), sí bajo la forma de una profunda indiferencia. Para el caso es lo mismo, protestaba su mujer. Con esa cara de ogro al

final no vendrá nadie al restaurante, y entonces ¿con qué dinero te comprarás ese dichoso *quad*?

—Buenas tardes —dijo Pereda desde detrás de la barra. La camisa remangada, el pequeño delantal casi empapado.

Acto seguido sacó el vaso para enjuagarlo en la segunda pila, también rebosante de agua pero menos turbia, mientras se llevaba la mano izquierda al Ducados que mucho antes se había apagado en su boca y con un movimiento aprendido lo arrojaba al suelo. Sin esperar respuesta, Pereda cambió el canal de la tele.

El bar no era tan pequeño como le había parecido a Mutt desde fuera. Una quincena de mesas. En una de ellas, cuatro hombres jugaban a las cartas mientras otros tres, dispuestos alrededor, uno de pie y los otros sentados, seguían la partida en silencio o charlando de cualquier cosa excepto de la partida. El ventilador del techo, en funcionamiento en pleno invierno, parecía animar la escena como en una vieja moviola. Un camarero barriendo, un tipo sentado a la barra que lee el periódico, y un tercero lanzando un dardo tras otro. La voz de la tele mezclándose con el ruido de la máquina de dardos. El fondo de la barra era un espejo gigante.

—Lo que yo te diga, están todos locos —exclamó el tipo del periódico dirigiéndose a Pereda—, ¿tú has visto esto? Ha aparecido la mano de una mujer, sólo la mano, cortada de cuajo, en Tenerife, en..., a ver, espera —dijo, buscando en la noticia—, sí, aquí lo dice, en Las Lagunetas. Al parecer la encontró un cazador, o más bien su perro, ¿te imaginas?

Mutt no sabía muy bien qué hacer. Se quitó el sombrero. Quedó al descubierto su pelo blanco peinado hacia atrás, abundante en la parte superior, casi convertida en un distinguido tupé, y corto en los costados. Con un mechón negro que surcaba aquella espesa cabellera por su parte central hasta casi la coronilla. Sin patillas. Tomó asiento en el primer taburete, cerca de la puerta. El pequeño mostrador refrigerado sobre la barra estaba lleno de bandejas vacías. Total, pensó Mutt mientras echaba un nuevo

vistazo a aquellos hombres jugando a las cartas, no tardarán en venir a recogerme. Eso es lo que me dijeron, que esperase aquí. Así que pidió un café. A Mutt no le costó decirlo correctamente.

Pereda llamó al camarero:

—¡Nando! —Y a continuación un silbido y un brusco movimiento del mentón.

El tipo de los dardos insistió en la partida que jugaba consigo mismo, los marcadores apagados, provocando con cada nuevo lanzamiento ese sonido agudo que usa la diana en los bares para avergonzar a todo aquel que juega sin que haya partida en curso. En su parte inferior, el espejo gigante tras Hugo Pereda lo atravesaban numerosos estantes llenos de botellas y cachivaches. Justo sobre el más alto descansaba la foto borrosa de un hombre joven metida en un marco con el vidrio roto y las mayúsculas M y B como única leyenda. De uno de sus extremos superiores pendía un crespón negro.

—Vaya... —exclamó Sigurd Mutt, pensando en su propio duelo, la mirada fija en el retrato, tratando de romper el hielo—. ¿Puedo preguntar quién era?

Sigurd Mutt, que como resultaba evidente se refería a la fotografía, reforzó la pregunta con un movimiento de ceja que envolvió en su cinética el hombro del mismo costado, de un modo insinuante y absolutamente explícito. Pereda metió la mano en el fregadero y atrapó otro vaso. Mutt sentía una extraña euforia y también cierta inquietud. Aquel hombre parecía examinar cada uno de sus gestos.

—Un chico de por aquí abajo —respondió Pereda—, murió asesinado hace cuatro años. Iba a ser un buen hombre.

Mutt asintió y volvió a decir vaya, tratando sin saber muy bien cómo de que su vaya sonase solemne, compungido, respetuoso. No lo logró. Fue un vaya más bien curioso. Eran muchos años alejado de aquella lengua; tenía las palabras, le faltaba la música. Tampoco pudo dejar de preguntarse a qué se referiría el dueño del bar con aquello de «por aquí abajo». Según se había

informado antes de iniciar el viaje, Vor estaba por lo menos a quinientos metros sobre el nivel del mar. Pereda puso otro vaso boca abajo y lo enchufó en las púas de plástico del rodillo auto-lavado.

Pasaron un par de minutos.

—¿Y usted? ¿Qué lo trae por aquí? No me lo diga, viene a pasar las navidades, ¿a hacer turismo rural?

Mutt quedó pensativo. Rehízo mentalmente su viaje de Hamburgo hasta Vor, primero en avión y luego en tren. Al llegar mentalmente a su paso por la estación de Sants en Barcelona se detuvo y entretuvo, y fue al bolsillo interior de su abrigo a buscar el bulto de una cartera.

—También alguien que ha muerto —dijo, echándole una nueva mirada al retrato tras la barra—, aunque no hace tanto.

Hugo Pereda se detuvo un instante y no dijo nada. Alguien dio un golpe sobre la mesa echando sus últimas cartas. La máquina de dardos soltó un nuevo pitido. Y Sigurd Mutt, los ojos clavados en aquella fotografía, dispuesto a esperar y largarse de allí en cuanto llegasen por él, regresaba poco a poco a Sants, donde hacía sólo unas horas se había tropezado con aquel tipo de las maletas enormes. Jacques Curvado, súbdito francés según su pasaporte.

Fue como si, al verse en la estación central de Barcelona después de tantos años, Mutt se hubiese sentido de nuevo un Zoólogo Furioso, lejos de la universidad pero imbuido de un ímpetu similar, ansioso por demostrarse a sí mismo un arrojo casi olvidado. Un valor gratuito que se había esforzado en dejar atrás durante años y retomaba ahora como quien recupera su juventud. Y eso es lo que había hecho. Proponerse una hazaña absurda para sacudirse de encima treinta años de corrección grisácea y fácil mansedumbre, de alejamiento constante, doloroso, de renuncia a la aventura y apego a la medida. Mutt revivió el momento dando un nuevo sorbo de su café. Sucedió más o menos así:

Faltaba media hora para que saliese su tren regional, Sigurd

Mutt fue a fumarse un cigarrillo. La estación no había cambiado tanto, pero en la calle todo era distinto. Una grúa removía el suelo en medio de una plaza vallada. De inmediato lo vio bajar del taxi e ir a buscar en el maletero aquellos dos enormes bultos. Jacques Curvado cojeaba. Una vieja herida, aventuró Mutt, a juzgar por la naturalidad y solvencia de su paso renqueante. Arrastraba el pie derecho y movía la cabeza arriba y abajo al caminar, como un péndulo animado por sus andares. La escasa pelambre peinada al lado dibujaba en su cráneo irregular un triste paisaje rayado que recordaba las cuerdas de una guitarra. Aunque no escogió a aquel personaje bajito y nervioso, de ojos hundidos y movimientos habilidosos, por ser cojo ni por ir tan cargado. En realidad Mutt no tenía muy claro por qué, pero se decidió al verlo mirando a un lado y luego al otro antes de cruzar el carril de rayas amarillas tras haber discutido con el taxista hasta casi llegar a las manos. En un santiamén, Mutt había encontrado el lugar exacto, en una de las pequeñas puertas de acceso al vestíbulo de la estación, donde esperar a que fuese él mismo quien se emboscase, con su enorme equipaje y el ánimo crispado. Apagó su cigarrillo, sacó su paquete de tabaco y esperó con astucia para empezar a liarse otro justo cuando Jacques Curvado iba a meterse en la estación.

—Disculpe, ha sido sin querer, hay tanta gente...

Jacques Curvado se detuvo contrariado:

—Nada, no hay problema, ¿puedo? —preguntó, señalando el tabaco.

—Claro, sírvase —le dijo Mutt, ofreciéndole el paquete abierto—, dentro hay papel y filtros.

Jacques Curvado aspiró una larga calada mientras levantaba la vista hasta el soportal metálico de la estación y enseguida al cielo de Barcelona, iluminado de forma difusa y sin una sola estrella. Un cielo que esa primera noche en Barcelona a Jacques Curvado le pareció acogedor.

Sigurd Mutt ocultó una sonrisa de satisfacción.

–Gracias –respondió Curvado.

–A mí también me cuesta. –Mutt había establecido contacto con éxito, así que pasó al segundo nivel de su plan improvisado, la empatía–: Tanto rato sin fumar, ¿verdad que todo se ve distinto con un cigarrillo en la mano?

En realidad no era una pregunta. Ambos se hicieron a un lado entre tropiezos. Uno contra el otro se apartaban del flujo continuo de pasajeros. Curvado dijo ya lo creo. Ambos mostraban ese aspecto levemente cansado que se adhiere a la dermis del viajero por corto que sea el trayecto. Mutt volvió a empujarlo, perdone, le dijo, justo han venido todos a entrar por esta puerta. Y siguieron fumando sin mediar palabra. No dejaba de pasar gente a escasos centímetros. Mutt se hizo por fin a un lado para agacharse un momento y anudarse el zapato. Jacques Curvado tenía el inquietante presentimiento de estar haciendo algo inapropiado, pero miraba a un lado y al otro y no veía nada extraño. Mutt apagó su cigarro y se despidió.

–Suerte –le dijo a Curvado.

Y éste respondió moviendo la cabeza de un modo casi imperceptible.

Sentado a la barra del bar Santa Eugenia, Mutt recordaba aquel gesto con precisión. Había en él un poso de franqueza, aunque también astucia y cálculo. Mientras tanto, Pereda se despedía del hombre de la barra, que antes de salir del bar hizo un último comentario sobre la mano cortada de cuajo y el perro del cazador.

–¿Va usted ahí arriba?

Mutt no se había dado cuenta, pero el hombre que cuando él entró perdía o ganaba a los dardos una partida estéril y ruidosa contra sí mismo, lo encaraba ahora a dos palmos de distancia. Llevaba una gorra de cartero bastante sucia y una botella de Trina sabor naranja en la mano. Parecía muy interesado en conocer la respuesta, debía de andar por los cuarenta.

–¿Cómo? –Mutt no entendió la pregunta.

Desde el otro lado de la barra, Pereda no los perdía de vista. Mutt no se dio cuenta, pero de repente puso cara de muy pocos amigos, como temiendo que dijese algo inadecuado.

—Al sanatorio. ¿Va usted al sanatorio? —preguntó el hombre de la gorra amarilla.

Y, sin darle tiempo a responder, añadió:

—Yo tengo pensado pasarme un día de éstos. Hay algo que tengo que hacer ahí arriba... pero acabo de recordar que hoy no me viene bien.

Hugo Pereda metió la mano en el fregadero y cogió otro vaso.

Una sombra diminuta arrastró la silla de madera para encaramarse a la biblioteca. La pared más amplia de la habitación 103 estaba cubierta de arriba abajo por una decena de estantes llenos de libros apilados. Con el tiempo, Iván Agulín había aprendido dónde encontrar los más valiosos. Nunca leyó ni uno de ellos, ni tenía pensado hacerlo. Sólo algunos libros contaban con ilustraciones, y eran éstos los que andaba buscando. Dibujos de soldados empuñando su armamento, mapas esbozados del campo de batalla, viejas fotografías en el fragor del combate, distintos modelos de fusiles y granadas, de cohetes y cañones, de pistolas y cuchillos, tablas comparativas de uniformes de campaña, teatros de operaciones en grabados borrosos, vendajes y torniquetes, primeros auxilios explicados paso a paso con indicaciones en varias lenguas, precauciones a la hora de manejar explosivos, tipos de mecha, bombas caseras, espadas antiguas de formas diversas. Poco le importaban Alejandro Magno o Maquiavelo, Julio César o Gengis Khan. A sus ocho años de edad, Iván Agulín leía con cierta destreza pero sin el menor placer, y nunca por iniciativa propia. Aquellas imágenes, en cambio, cautivaban su imaginación y lo transportaban muy lejos, a lugares incandescentes donde la guerra y su estrategia jamás terminaban. Así que afianzó bien la silla y se subió a ella con la vista puesta en el estante más alto. Iván Agulín tenía un objetivo en mente. El fuego.

Un tropel de diminutas pecas desparramadas por sus pómulos parecían haber resbalado a ambos lados de la pequeña nariz, invadiendo las mejillas y deteniéndose en la comisura de unos labios finos, casi afilados, que Iván solía fruncir cada vez que tramaba algún plan. Como si un músculo invisible conectase aquel joven cerebro con su boca, obligándolo además a sacar la lengua cada vez que ejecutaba acciones precisas, ya fuese atrapar una lagartija o manejar aquellos libros viejos llenos de secretos apasionantes. Poco importaba si era invierno o verano, Iván Agulín siempre llevaba un pañuelo de color marrón anudado al cuello. Pelo moreno en forma de casco con media melenita que le cubría la nuca y también el nudo del pañuelo, pero no así sus dos largos extremos, que pendían sobre su espalda como la capa de un superhéroe y ondeaban cuando corría por el campo o entre los pasillos de Vulturó. Tenía el aspecto fibroso y nervudo (las rodillas manchadas de yodo, llenas de pequeñas cicatrices) de un pillastre acostumbrado a escabullirse, a salirse con la suya y escalar estanterías en pos de sus libros favoritos con la misma habilidad que árboles en busca de nidos de gorrión.

El fuego era uno de los ingredientes esenciales de todas las guerras y eso Iván lo sabía muy bien. De ahí que llevase ya varios días buscando sin éxito alguna lámina con llamaradas resplandecientes y lugares arrasados. Un libro que le permitiese entender lo que estaba sucediendo a su alrededor, o más bien, lo que había dejado de suceder.

En primer lugar Iván hojeó, como era su costumbre, aquellos que, de no tratarse de un niño, podrían considerarse sus libros de cabecera. De pie sobre la silla en un equilibrio perfecto, la lengua asomando entre los dientes, la vista fija en el techo. Sabía muy bien que allí no iba a encontrar lo que buscaba, pero aunque al pequeño Iván se le escapase el significado de la palabra «ritual», mirar siempre primero en el interior de los mismos libros era un ritual al que nunca faltaba.

Todo el mundo a su alrededor parecía haber aceptado el

incendio sin mayor sobresalto. Seguían con sus vidas como si aquel infierno nunca hubiese tenido lugar. Como si fuese el fuego una simple brisa o acaso la lluvia, que aparece y se disipa sin mayores consecuencias. Como si el fuego formase parte de la vida y no mereciese la menor atención. Pero ya hacía algunos años que Iván pensaba por su cuenta y riesgo, decidiendo sin ayuda de nadie en qué se interesaba. Y aquel incendio, que durante una semana ejerció un extraño influjo sobre los habitantes de Vulturó, convertido al poco en simple anécdota, y finalmente olvidado, aquel mágico espectáculo de fuego y destrucción que llenó de ceniza el aire y de miedo las conversaciones, aquel fuego repentino se había ganado en la mente flamígera de Iván Agulín un lugar privilegiado.

La cama de la habitación 103 estaba hecha, ni una sola arruga, ni una pequeña mancha. Sobre el cabezal descansaba una segunda almohada. El hueco indeleble de su habitante, la huella del cuerpo garabateada sobre el cojín, insinuaba una presencia ausente que Iván Agulín había aprendido a pasar por alto en sus muchas incursiones furtivas, siempre con aquellos dibujos en mente. Tomaba un libro tras otro. Hurgaba en su interior con la habilidad de quien sabe con certeza lo que quiere encontrar. Luego lo devolvía a su sitio con sumo cuidado. Cerciorándose cada vez de restituir por completo el orden precedente. Algunos de aquellos libros estaban más hundidos en el estante y le costaba sacarlos. Otros exponían sus lomos a la gélida intemperie de la habitación con mayor visibilidad y cierta altivez. En las profundidades de la mente de Iván existía un mapa preciso de aquellos estantes (donde el tamaño y el color jugaban un papel decisivo) que le permitía conservar el orden de la biblioteca y reproducirlo de forma precisa.

Transcurrió más de una hora. Iván no había encontrado ningún libro con fuego, ni siquiera con fogatas, ni la más mínima explicación al incendio que se obstinaba en prevalecer sobre sus recuerdos más urgentes. Así que cerró el último volumen y con

una mueca de fastidio lo devolvió a su sitio y se bajó de la silla sin el menor ruido. Caminó entonces hacia la ventana y se asomó tras la cortina, que dejaba entrar la luz mortecina de una tarde ocupada en convertirse en noche. Allí abajo, Arthur recogía los cojines de las sillas del jardín y los amontonaba uno tras otro sobre una mesa, siguiendo las indicaciones de Anselmo, que hacía lo propio con las hamacas.

Del otro lado del sendero, las copas de los pinos danzaban con armonía en un balanceo suave y constante, verde casi negro. Y más allá, donde el bosque cedía y perdía espesor, donde no le alcanzaba la vista aunque sí llegaba su inventiva, Iván seguía viendo las llamas invencibles de un incendio que, sin embargo, ya no existía. Presentía el silencio ocupando el espacio del fuego. Imaginaba las llamas extinguidas días atrás.

Un piso más abajo en línea recta, probablemente oculto en el porche del jardín, Iván no veía al tonto de Meuris, pero hubiese jurado que aquellos rezos lanzados al vuelo como un lejano rumor salían de sus labios asustados. Seguro que si me asomo a la ventana y me inclino lo suficiente lo veré, escondido como un cobarde, tras un sillón o bajo una mesa. Pero no lo hizo. Iván sabía muy bien que no debía tentar a la suerte. Así que se alejó de la ventana y tomó en un gesto mecánico el libro que descansaba, abierto boca abajo, sobre la mesita de noche. Otra vez el mismo, se dijo pensando en Tod Volta. De haberse tomado la molestia de abrirlo por la página señalada con un punto de lectura, hubiese leído lo siguiente: «Existen cinco clases de ataques mediante el fuego: quemar a las personas, quemar los suministros, quemar el equipo, quemar los almacenes y quemar las armas.» Pero no lo hizo.

En realidad, en la mente indomable del pequeño Iván, el fuego de aquel incendio que ya todos parecían haber olvidado estaba unido a unos infames demonios con forma de dragón que él imaginaba de un color rojo traslúcido y aspecto anguloso. Quizá no deba buscar imágenes de llamas, pensó mientras se

dirigía hacia la puerta de la habitación. Puede que el secreto esté en esos demonios esquivos, que aparecen para prenderlo y luego se borran sin dejar rastro.

Descorrió el cerrojo y pegó su oído a la puerta de madera. Del otro lado no llegaba el más mínimo ruido. A su espalda, a través de la ventana, Meuris seguía a los suyos entonando allí abajo la letanía de siempre, tan incomprensible como otras veces. Un gesto de desprecio se apoderó del rostro de Iván, que abrió por fin la puerta, comprobó que el pasillo estaba despejado, y se deslizó fuera de la habitación con el sigilo de un fantasma. Volvió a cerrar dando dos vueltas y se dirigió a la escalera. Dudó si bajar o seguir recto y adentrarse en el ala norte del edificio. Quizá el Busto pudiese ayudarlo. Pero no, por hoy es suficiente, se dijo. Mañana iré a hablar con ella.

Iván quería volver a las cocinas lo antes posible. Allí reinaba con el despotismo de un niño falto de atención. O salir al jardín, o ir por lo menos al porche a molestar al tonto de Meuris antes de que en el salón se impusiese el cansancio de escucharse unos a otros, y subiesen luego a sus habitaciones a vestirse para la cena. Asomado a la escalera interior de aquel enorme caserón, tampoco abajo vio a nadie, así que se subió a la barandilla y se deslizó hasta la recepción, que encontró vacía. Acostumbrado a jugar solo, Iván competía consigo mismo, tratando de detenerse cada vez más cerca del jarrón al final del pasamanos. Esta vez quedó a dos palmos, una marca muy discreta, aunque sin llegar a ser vergonzante. Su récord estaba en menos de un palmo. A punto estuvo aquella vez de acabar para siempre con el jarrón de cerámica azul.

Iván fue a sacar su cabecita por la puerta principal y no vio a nadie. Anselmo debe de haberse llevado a Arthur a guardar los cojines en el cobertizo, pensó. Fue cuando escuchó un ruido, el motor de un coche que se acercaba por el camino. Entonces cerró los ojos para aguzar el oído y adivinar si era una de las tres furgonetas Peugeot Partner que utilizaba el servicio, el Nissan Al-

mera de Frau Junker, o algún visitante que llegaba por sus propios medios con uno de esos todoterrenos de ciudad. ¡La Peugeot Partner blanca!, dijo en voz alta, como si al hacerlo quisiese dejar fuera de toda duda que había dado una respuesta a tiempo y que era la respuesta correcta. Cuando de nuevo abrió los ojos, el camino seguía vacío, aunque el motor del coche se oía con mayor claridad. Unos segundos más tarde por fin apareció una mancha en el horizonte. Una sombra blanca, en efecto. ¡Diana!, gritó Iván.

Enseguida salió de allí, corriendo en dirección a su izquierda hasta desaparecer en algún lugar entre el pabellón de las mujeres y el bosquecillo de pinos, pues a Iván no se le escapaba que sólo Alexandr cogía de vez en cuando la vieja furgoneta blanca, y no le gustaría cruzarse con él.

–Bienvenido a Vulturó, señor Mutt –dijo Alexandr en cuanto hubo detenido el coche.

Y acto seguido fue a abrir la portezuela de atrás.